



Guillermo Cabrera Infante

Cuerpos divinos



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

GUILLERMO CABRERA INFANTE

Cuerpos divinos

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

NOTA DE LOS EDITORES

La versión de *Cuerpos divinos* que aquí se publica corresponde al último manuscrito de un libro en el que Guillermo Cabrera Infante estuvo trabajando, con largas interrupciones, desde su estancia como agregado cultural de la embajada de Cuba en Bruselas hasta sus últimos días. Así lo atestiguan los folios encontrados con el membrete de Kraainem, el municipio en el que residía con Miriam Gómez desde 1962, que se corresponden fielmente con las primeras páginas del libro que el lector tiene ahora en sus manos.

Como consecuencia de sus largos años de exilio y de la enfermedad que le aquejó desde 1972 —un trastorno que le obligó a someterse a dieciocho sesiones de electroshock—, el método de trabajo de Cabrera consistía en largas elaboraciones de una misma historia, que luego corregía una y otra vez, bien sobre el mismo manuscrito, bien en infinidad de cuadernos y hojas sueltas, con una caligrafía grande que a veces le servía para desarrollar una simple frase o para anotar una cita que posteriormente incorporaría al libro.

Lo que se recoge aquí es, pues, la versión mecanografiada y más acabada de una larga secuencia de un libro que podía haber tenido muchas más o muchas menos páginas según la voluntad de un autor que, por desgracia, ya no está entre nosotros para ofrecernos su texto definitivo. Sin embargo, el interés de estas páginas, su enorme valor testimonial, justifica la aparición a la luz pública de lo que, en sus propias palabras, quiso ser «una novela y sólo fue una biografía velada».

Todos los personajes son reales.
Sus nombres son los de la vida real. La historia
ocurrió de veras.
Así, sólo el libro –esas páginas blancas
impresas con letras negras, la pasta del lomo,
la cubierta abigarrada–,
sólo el libro es ficticio.

PRIMERA PARTE

Fit as a fiddle que es todo lo opuesto a listo para la fiesta. *Fit as a fiddle* que es vivo como un violín y no violento como una viola. *Fit as a fiddle and ready for love, riddle for love* que es vole, volé (ve olé), *randy for love and feet as two fiddles* musicales, y se hizo el destino un desatino porque el hado organiza más mal que la suerte, que se ordena mejor que una frase, *Fit as a pit*. Iba cantando en buen tiempo y no solo, sino con Raudol al lado, cantando ahora a la rubia cuando la miré todavía sin haberla visto, mi órgano sin registro tocando sonatas Würlitzer antes de comenzar la función, *organ in the pit*, piano en el pozo, en el foso con toda esa luz de tiza arriba, al lado, al frente, violenta sin hacerse violeta por lo menos en horas.

Fue entonces que la vi sin haberla mirado, sin realmente haberla mirado, sin mirarla apenas y vi que era rubia, rubia de veras aunque parecía pequeña, pero aun sin medirla sabía que estaba hecha a mi medida. ¿Qué buscaba ella? No a mí, ciertamente, porque tenía un papel, un papelito, como un billete suave, en la mano y miraba a cada puerta, cada fachada, cada frontis de ese edificio, y me ofrecí a salvarla de su extravío, esa niña en el bosque de concreto buscando tal vez el absoluto relativo a los dos.

Hay momentos en la vida –yo lo sé– en que el alma está vacía, el corazón desolado y todos esos clichés no sirven para demostrar ese estado de ánimo que una canción americana define como *I'm ready for love*: listo para el amor sería la traducción pero apenas sirve para mostrar cuándo uno tiene el espíritu y el cuerpo (no hay que olvidar el cuerpo) abiertos al amor. Yo conozco ese estado particular y sé

que el que busca encuentra. Así, no me extrañó haberla encontrado ni el amor que ella despertó en mí: más me extraña lo fácil que pude no haberla encontrado o lo fácil que fue el encuentro.

Creo que yo la vi primero. Puede ser que Raudol me diera un codazo, advirtiéndome. Salíamos de merendar y de hacer un dúo de donjuanes de pacotilla en la cafetería que está debajo del cine La Rampa. Cogimos por el pasillo que sube y entra al cine y sale a la calle 23 y por el desvío (¿por qué no salimos directamente a la calle?) atravesando el pasadizo lleno de fotos de estrellas de cine y frío de aire acondicionado y tufo a cine, que es uno de los olores (junto al vaho de gasolina, el hedor del carbón de piedra ardiendo y el perfume de la tinta de imprenta) que más me gustan, esa maniobra casual puede llamarse destino. No recuerdo más que sus ojos mirándome extrañada, burlona siempre, sin siquiera oír mi piropo, preguntándome algo, dándome cuenta yo de que buscaba alguna cosa que nunca había perdido, pidiéndome una dirección. Se la di, la hallé y se la di. ¿Se sonrió o fue una mueca de burla o me agradeció realmente que buscara, que casi creara los números de la calle para ella? Por poco no lo sé jamás.

Raudol puso su Chrysler a noventa por Infanta y llegando a Carlos III se emparejó a un Thunderbird rosado y sonó el claxon. La mujer que iba dentro miró y sonriendo dijo algo. Raudol le hizo señas de que doblara a la derecha y parara. Nos detuvimos detrás de ella. Se bajó, se puso a hablar. Hablarían diez, quince minutos o nada más que tres, pero me estaba cansando ya. Menos mal que dejó el motor encendido y que el aire acondicionado mantenía el carro fresco dentro, aunque afuera el sol de junio, al ponerse, encendía las copas de los flamboyanes y las flores rojas eran otro incendio vegetal sobre las ramas. Se reía todavía cuando volvió después de apretar el brazo rosado que salía fuera como si fuera un extra del carro. Haló la antena. Recorrió con la mano el cuje de metal y dejó un dedo sobre la punta. Para esperar el veintiséis, gritó a la otra máquina o al brazo, que hizo un gesto que en cubano quiere decir

«Eres tremendo, muchacho». Montó y arrancó tocando –y ésa es la palabra porque oí las siete, quizá las ocho primeras notas de *La Comparsa*, una a una– el claxon. Dio la vuelta doblando en U a toda velocidad frente al semáforo y saludó al policía con la mano al pasar y tal vez con el letrero de PRENSA en el parabrisas delantero y atrás.

–¿Viste?

–¿Qué cosa?

–Lo que le grité del veintiséis ahí en la esquina con su guardia y todo.

–No entiendo.

–El radio, hombre.

No entendía. El radio estaba encendido, como siempre, y ahora el locutor recordaba sedosamente después de haber dejado oír un disco popular que no recuerdo. Dedíquenos un botón en la radio de su auto, señor automovilista, por favor.

–No entiendo.

–La antena, chico, la antena. Para coger la Sierra, viejito.

–Qué bien.

Ahí estaba Ramón Raudol, vestido con su camisa de polo color crema, en pantalones beige tenue y mocasines castaño oscuro, siempre bien peinado, siempre con calobares verde botella de día, siempre con un Rolex: siempre elegante y siempre deportivo y siempre conspicuo. Vino de Europa por caminos torcidos. Era español y salió huyendo de España, de Madrid, no sé por qué, aunque él siempre dijo que fueron causas políticas. Contaba que de España pasó a Francia y no sé cómo apareció en los juicios de Nuremberg como MP. De qué manera dejó el escenario en que se montaba el crepúsculo de los dioses sobre el banquillo y vino a Cuba, es algo que solamente un computador IBM podría estricar: el método de una madeja concéntrica de mitos, mentiras y medias verdades. Un día, por broma, Darío Milián cogió lápiz y papel y anotó una a una las aventuras contadas y sumó. Raudol tendría dos años más que yo, quizá tres, pero el total de sus proezas daba sesenta años y lo convertía en un Dorian Gray errante, que dejaba

la huella de los años fijada en sus hazañas mientras permanecía eternamente joven en una encarnación de la idea platónica del Héroe. Sin embargo, muchos de sus cuentos eran ciertos y en ellos se mezclaban el heroísmo y el ridículo a partes iguales. Era el protegido del director de la revista, que fue alumno de su padre en Madrid. Creo que su padre era un notable científico español —aunque Unamuno dijera que hay una *contradictio in adjecto* en los términos. Raudol no heredó el amor por la ciencia, sino un odio a lo exacto, que puede ser o no ser su contrario. Hace seis meses estuvo preso como cosa de dos meses. Todo el asunto es muy turbio y por primera vez Ramón no fue explícito. Dicen que sorprendió en su apartamento a un conocido galán de la televisión ejerciendo ex cátedra su *glamour* con la mujer de Raudol, que era también estrella de la televisión y del radio y que es una muchacha encantadora, que hablaba en arrullos mucho antes de que Marilyn Monroe se hiciera famosa y tenía una belleza exuberante que hacía al vestido lo que hace la vegetación tropical de la isla al paisaje, que lo desborda. Nunca creí este cuento, pero no hay otro. Lo cierto es que el actor tenía como padrino (las mismas voces que lo situaban en el apartamento de Raudol con su mujer, lo describen en su estudio de soltero, sentado a los pies de su protector, que le acaricia la cabellera fotogénica, mientras oyen la grabación diferida del programa en que el galán es el héroe romántico de mujeres que se llaman Laura de Montesinos, Julieta Montemayor o Virginia de Alvear) a un magnate poderoso y de pronto hubo pistolas en el cuento y la policía ocupó el arma como perteneciente a Raudol. Automáticamente cayó entre los delincuentes de la Ley contra el Gangsterismo, que era una ley hecha para que nadie más que los gánsters pudiera portar armas. Aquí hizo el ridículo y creo que por primera vez lo supo. Cuando el ataque al cuartel de Matanzas (que fue, exactamente, otra matanza, para cerrar el ciclo de los avatares de un nombre: la ciudad se llama así para conmemorar una carnicería gratuita de indios que se hizo en los primeros tiempos de la colonización) fue como fotógrafo, ya

que entre sus habilidades estaban no sólo la de haberse hecho crítico de cine en seis meses, que no es cosa difícil, sino un gran reportero, un mediano escritor y un buen fotógrafo en menos tiempo de lo que le costó aprender a decir *servesa, gracia y cabayeros* —cosa que siempre le reprochaba como arribismo lingüístico el director de la revista. Raudol hizo muy buenas fotos y entre ellas había dos, una de un muchacho asustado, herido, tirado en el suelo, con las manos amarradas, y otra del patio del cuartel en que rodeaban el camión atacante los cuerpos de doce rebeldes muertos. Un capitán del cuartel mató al herido y lo añadió a los doce muertos y tomaron otras fotos. Alguien se dio cuenta de que Raudol había hecho fotos antes y después y le pidieron el film, y Raudol, que pertenecía a la Asociación de Prestidigitadores de Cuba, sacó el rollo que era y con un juego de manos lo transformó en el rollo que no era y lo extrajo a todo lo largo, a la luz, velándolo. Después lo entregó al coronel de la guarnición, que tenía nombre de mujer y que era de una crueldad más allá de la mujer y del hombre, porque no era humana —y Ramón lo sabía, todos lo sabíamos. Algunas de esas fotos, por un acto de prestidigitación periodística, aparecieron en *Life* con un título que decía «The Mystery of the Thirteenth Corpse», que quería decir que desvelaba el misterio del cadáver número trece, y fue un escándalo político. Ramón se tuvo que esconder dos o tres semanas, pero habían pasado dos años y ahora tenía una máquina nueva, grande, con aire acondicionado, y siempre pagaba él cuando invitaba. No era sólo eso. Ramón era tan falso y tan verdadero como su acento, que tanto podía ser el de un español que quería hacerse pasar por cubano como el de un cubano que se hacía el español, y que en él se hacía auténtico y necesario y dúctil. Además me fascinaba su éxito con las mujeres, con el dinero, con la vida.

—La cojo todas las noches.

—¿Sí?

—Entra clarita, clarita. No tengo más que salir a la carretera, a Guanabo, a Cantarranas o al Cotorro y en el camino la oigo. A veces paramos el carro y la oímos tran-

quilos y como siempre voy con alguna chiquita, puedo disimular con arrumacos.

A veces dejaba caer en la conversación un término español que lo cogía a uno de sorpresa, lo hacía perder el balance y uno oscilaba entre la noción de que tenía enfrente a un extranjero aplanado o a un pedante nativo y finalmente aceptaba su forma de hablar como un estilo.

Llegamos a la revista, me dejó en los bajos y arrancó de nuevo.

—Me voy al noticiero.

Había aprendido a decir noticiero en vez de noticiario. No lo vi irse y saludé al guarda jurado en la puerta, pero en vez de entrar di media vuelta y cogí un taxi en la esquina.

—Quiay.

—¿Adónde?

—A Infanta y Malecón.

—¿Cómo anda la cosa?

—Igual que siempre.

—¿Qué se sabe de la Sierra?

—Yo no sé nada. Pregúnteme de cine, de las películas que ponen o de qué artista se casó con quién y le digo enseguida.

Era el chofer que estaba siempre en la esquina. Decían que era un chivato o un 33.33 o un confidente de Ventura, no sé. A mí siempre me parecía un prodigio sexual —al menos en sus cuentos. Me contó que vivía con una mujer, dura ella, pero sabrosa, que tenía una hija que era un cromo y se estaba acostando con las dos. Primero la mujer, la madre, brava ella, protestó, porque los cogió a los dos en su cama y quiso pegarle a la hija, pero él le dijo, Cabrona, después que tú misma la enseñaste, y la botó de la casa. Por la madrugada, la mujer vino y le pidió que la dejara dormir en su cuarto porque, si no, tendría que dormir en el parque. Ahora la cosa estaba arreglada, pero estaba viendo a ver cómo se acostaba con las dos a un tiempo y vamos a ver si las ponemos a hacer sus cositas y eso, aunque eso es más difícil. Tenía la cara tostada, de estar todo el día sentado al timón y darle el sol en la cabeza, quizá cuando niño fue rubio. Con los ojos siempre rojos, irritados, y con el taba-

co sempiterno en la boca, parecía un pez sin nombre que mordiera una carnada eterna. Lo llamábamos Desade.

—Mira eso que va por ahí, chico.

Sacó la cabeza fuera del auto para mirar a una mulata grande y gorda que Rubens habría agregado a su esbozo de *Los Negros*.

—Muy buena, tú, muy buena.

No le dije nada y aproveché para pagarle.

—Deja eso para luego.

Siempre estaba empeñado en cobrarme luego, que era una ocasión que posponía cada vez. Creo que quería que le debiera si no un favor, por lo menos dinero. Insistí, porque ya ir en su máquina era bastante cómplice. Además, quería bajarme rápido y si no le pagaba tendría que despedirme con un hasta luego amable y largo, y con alguna íntima posdata: un café en la esquina, mirar otra mujer los dos.

—Aquí en la esquina.

—Pero esto no es Malecón e Infanta.

—Está bien aquí.

—Compadre, usted siempre apurativo.

Me bajé y corrí hasta el autobús que llegaba a la esquina, porque la había visto.

—No coja ése.

Oí que mi voz sonaba rara y con una autoridad no deseada. Ella me miró con el mismo aire extrañado, pero de veras sorprendida, sin burla esta vez.

—¿Cómo?

—Que no coja ese autobús.

¿Fue mi decisión a su pregunta, a nuestras miradas, lo que hizo que bajara la mano que casi agarraba la manilla, diera un paso atrás y dejara ir el carro? Luego ella me explicó que nunca supo por qué lo hizo.

—¿Qué usted quiere?

—¿No se acuerda de mí?

—Sí, de ahorita cuando buscaba la dirección.

—¿Encontró lo que buscaba?

—Sí, era una oficina en que pedían una muchacha como recepcionista.

—¿Le dieron el trabajo?

—No, porque tenía que saber mecanografía, aunque sea un poco.

—¿Y usted no sabe?

Estábamos en la esquina, en el mismo lugar, casi todavía yo saliendo de la máquina y ella aún con el gesto o con la huella, el recuerdo del gesto de subir al autobús, mirándonos a los ojos. La gente salía de las oficinas, de los comercios, del trabajo, y los autobuses doblaban de la calle 23 hacia Infanta y de Infanta a 23, llenos, ladeados por el peso, soltando humo y ruido y aire caliente, dejando estrías profundas en el asfalto blandito. Las máquinas rodaban Malecón arriba Malecón abajo y algunas doblaban para coger 23, esquivando las pesadas curvas de las guaguas. El bar El Gato estaba abarrotado, con gente bebiendo en la barra y jugando al silo añadiendo al ruido del tránsito y al parloteo de la terraza y el bar, el crótalo de los dados en el cubilete, el golpe seco sobre la madera al vaciar el vaso de cuero con dramatismo de jugador y el rodar de los cinco cubos de hueso sobre el mostrador. A veces, el silbido de la cafetera siseaba por sobre el barullo y se oía a la gente pedir café y pagarlo y tomarlo en el puesto de la misma esquina.

Nosotros no oíamos nada como no veíamos el sol ponerse en la tarde de julio, serena, rápida y ámbar arriba en el cielo y sobre el mar.

Decidimos caminar. Creo que lo decidimos los dos sin decir nada. Lo cierto es que cuando vine a ver cruzaba la calle 23 para caminar por la acera del Ministerio de Agricultura y debajo de los pinos nuevos doblar por O arriba y caminar más allá de la entrada al Nacional, bajando la calle ahora llegamos hasta la placita que está frente al parque del Maine y nos sentamos en los (duros) bancos de mármol. Estuvimos conversando mientras la prima noche se hacía segunda, casi un conticinio excepto por nuestra conversación en voz baja y el rumor aledaño de los autos que

pasaban por el Malecón. ¿De qué conversamos? De naderías, seguramente, ya que no recuerdo exactamente la materia de la conversación, sólo su tono, que se fue haciendo más íntimo hasta que en un momento dejamos de hablar.

Ahí estaba ella, debajo de la luna, su cara llena de luna plena, belleza lunar sin historia, muchacha temprana. Esto es como un sueño, creo que dije. Pero lo que dije de veras fue lo juro por la luna y ella casi me dijo no jures por la inconstante luna. El sonido inconstante fue mío. Pero ahí seguía su cara. Ella, que estaba de cara a la luna, la luz reflejada de la luna reflejando en su cara, sus grandes redondos ojos glaucos recibiendo ahora la luz de la luna, su nariz más pequeña que cuando vista al sol, su boca de cupido corito y su barbilla que completaba su cara de luna a la luz de la luna. De pronto hubo una nube, hubo un oscurecer de la luna, hubo un eclipse en su cara y ella se rió al decir: ¿Ya ves? Que quería decir claro nunca jures por la luna, que es inconstante, que es un bolero. Eso es lo que ella quería decir pero sólo dijo ¿Ya ves? Casi como queriendo decir, ya ves.

La luna debía estar brillando en alguna parte del cielo pero no nos importaba mientras yo la miraba intensamente y allí en la media oscuridad ella me devolvía la mirada: ya yo estaba enamorado y al imaginar que la tomaba entre mis brazos y la besaba y al hacer la imaginación real con sólo alargar un brazo y pasarle un dedo por el dibujo de la barbilla me incliné hacia ella, que no dijo nada, que no se movió, que no devolvió mi beso pero lo permitió, y luego cuando insistí sentí que ella también me besaba. Nos estuvimos besando, tiernamente, sin la urgencia de la pasión, hasta que ella se detuvo, se reclinó hacia atrás y dijo:

—¿Qué hora es?

Yo miré el reloj y vi que eran casi las nueve.

—Las ocho y media.

—Me tengo que ir.

—¿Por qué ahora?

—Debía estar en casa hace horas.

—¿Te esperan para comer?

—No, no hay nadie en casa, pero a lo mejor mi madre

llama. Ella sabía que yo venía a buscar ese trabajo y que regresaría temprano. Ella está de turno esta noche, de seis a doce. Tú sabes, ella es enfermera.

Ah. No lo sabía, claro que no lo sabía, sabía muy poco de ella, solamente que era inteligente y muy diferente a las otras mujeres que conocía entonces. Ella se levantó y al hacerlo, todavía sin levantarse del todo, le pregunté por qué no se quedaba un rato más y me dijo que no podía pero que yo podía, si quería, acompañarla hasta su casa.

En vez de regresar a Infanta y 23 para coger el autobús, caminamos hasta 23 y L a buscar la ruta 32. Por el camino le cogí la mano y ella lo permitió, por lo que caminamos muy lentamente hacia arriba primero, después O hacia abajo y finalmente Rampa arriba hasta encontrar la calle L junto a la fabricación del edificio que luego sería el Habana Hilton. No tuvimos que esperar mucho: la 32 venía casi vacía y nos sentamos detrás, cerca de la puerta trasera. Todavía recuerdo cómo el aire que entraba por la ventanilla movía su corta melena rubia, ella sin decir nada, mirándome o mirando hacia la calle. Ni siquiera recuerdo cuándo pagué al conductor, solamente recuerdo de ese viaje su cuello largo y bien dibujado bajo la melena y su mirada de ojos casi amarillos como reflejando el color de su pelo. Hicimos un largo viaje por toda la Quinta Avenida hasta el paradero de la ruta 32, y al bajarnos los últimos ella me avisó que todavía teníamos que caminar y caminamos por entre los cabarets de la playa, muy temprano para estar en su esplendor y muy tarde para encontrarlos cerrados, hasta coger la avenida de Santa Fe y un poco más allá de la entrada del Biltmore internarnos por las calles laterales, allí donde todavía no había nada edificado, solamente la parcelación, y caminar en dirección del río Quibús hasta que llegamos a una casa oscura pero nueva, no muy grande, que era su casa.

—Llegamos —dijo ella, abriendo la puerta con su llave.

Creí que me iba a dejar entrar pero se detuvo en la puerta, aguantando la hoja con la cadera, lista para despedirse.

—Tengo algo que decirte —le dije.

Había tenido algo que decirle toda la tarde pero no me decidía a hacerlo o no. Ahora me decidí: era importante conocer su reacción.

—¿Sí? ¿Qué es?

Mi timidez me ayudó a dar el salto.

—Yo soy casado.

Ella apretó los labios hasta hacerlos casi una sonrisa.

—Vaya —dijo—, pero me lo temía.

La otra versión del recuerdo es que le dije que era casado cuando todavía estábamos sentados en el parque y que al regresar a La Rampa la dejé esperando en la calle un momento mientras buscaba un teléfono público. Debí decirle que iba a llamar al trabajo y ella debió saber a quién iba yo a llamar: a mi mujer, que estaba sola en la casa (mi madre se había llevado a mi hija de vacaciones al pueblo) con catarro. Casi me dio pena la voz ronca que me respondió y a la que dije que me quedaba trabajando hasta tarde en la noche. Ella dijo: trata de venir temprano que me siento muy mal. Colgué diciendo que sí, que estaba bien.

—Tenía que decírtelo —le dije—. ¿Es tan importante?

—Eso debes saberlo tú —me dijo ella.

—Quiero decir para ti.

—Podría decirte que no cambia nada porque me lo temía tanto que casi lo sabía, pero también que lo cambia todo.

—¿Todo?

—Todo.

—No, no debes decir eso. No cambia nada. Todavía somos tú y yo.

—Eso es para ti. Pero mejor dejamos para otro día esta conversación.

Ella cerraba la puerta: Elena cerraba la puerta. (Ésa es otra cosa. ¿Cuándo nos dijimos los nombres? ¿Durante la larga conversación en el parque en que me deslumbró su inteligencia? ¿O tal vez antes, frente a El Gato, casi acabado de conocernos?)

—Estoy muy cansada.

—¿Cuándo nos vemos?

—No sé.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: agosto 2014

© Herederos de Guillermo Cabrera Infante, 2010
Reservados todos los derechos
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014
Fotografía de portada: © AP Photo/Radial Press

Conversión a formato digital: Maria Garcia
Depósito legal: B. 7772-2014
ISBN: 978-84-15472-38-4

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.